

Más inversión pública para frenar la crisis

Javier Sáenz
Coscolluela

Ante la crisis económica que se ha desatado a nivel mundial es obvio que las medidas que cabe adoptar en una economía tan interdependiente como la actual no pueden ser unilaterales, ni estrictamente nacionales por parte de cada país, ni circunscribirse a medidas coyunturales, estando afectado incluso el sistema crediticio.

Estoy seguro de que las reformas estructurales constituyen un elemento esencial para corregir esta deriva de la economía financiera mundial, pero no cabe duda que hay políticas sectoriales que pueden paliar o aligerar los efectos de la actual situación.

Entre nosotros han surgido algunas voces que han puesto en cuestión las medidas de incremento de la inversión pública, fundamentalmente en infraestructuras, como si se tratara de propuestas de derroche, de corte populista sin trascendencia para el futuro.

Desde luego me parece una opinión disparatada. Quizá convenga hacer memoria de lo que poderes públicos muy responsables y capaces han llevado a cabo en situaciones de crisis económicas de calado y duración.

A este propósito, excúsenme por autocitarme, me gustaría recordar unas palabras que escribí hace ya unos quince años: "Destacar en los días actuales la trascendencia e importancia de las comunicaciones, de las carreteras, de los ferrocarriles, o de los puertos, es con toda probabilidad una obviedad, un sobreentendido para cualquiera que quiera analizar nuestra realidad económica y social. Del hecho de que esas infraestructuras sean potentes y eficaces dependen no solo la actividad económica, sino la oportunidad para los territorios más atrasados, la capacidad de expansión de otros, la seguridad y la calidad de vida. En suma, las infraestructuras constituyen un buen indicador de la capacidad, posibilidades y virtualidades de una economía social de mercado".

No queda más remedio que recordar las enormes proporciones de la inversión pública desplegada en Estados Unidos a propósito de la crisis del 29. Carreteras, puertos, aeropuertos y grandes obras hidráulicas constituyeron un conjunto inversor formidable y de larga duración, que generó efectos perdurables en la decaída economía americana.

Por no ir más lejos, también en España tuvimos una experiencia similar en los años posteriores a 1982, fecha

en que el PSOE accedió al Gobierno con Felipe González como presidente. No era precisamente menor la crisis económica que atravesaba la economía española, con un gran número de parados y déficits estructurales muy importantes. Pues bien, también en esa legislatura y en la siguiente de 1986 el Gobierno español puso en marcha un formidable programa de inversiones públicas, fundamentalmente en el ámbito de la obra pública. El plan general de carreteras, el plan de obras hidráulicas, un potente plan de puertos, el programa de regeneración de playas, plan de aeropuertos y el inicio de la gran obra del primer AVE, además de fuertes inversiones en trenes de cercanías, entonces bajo la competencia estatal. Cada veinte días se invertía en infraestructuras lo que con anterioridad se invertía cada año. En el ámbito de las carreteras, por ejemplo, la inversión pública creció en un 800%.

Estos planes, fundamentalmente el primer plan de carreteras, depararon además una iniciativa similar en entre las CCAA para su red autonómica. El resultado fue ciertamente estimulante: se generaron numerosos núcleos de inversión industrial y se potenciaron las redes de servicios, buceos de desarrollo industrial, se interconectaron los territorios, disminuyeron las diferencias territoriales, creció la economía y el empleo y se generó un dinamismo interesante.

Me pregunto qué motivaciones puede haber detrás de la mediocre tesis de que las inversiones públicas no son una buena medida paliativa de la crisis, qué clase de argumentos pueden constituir, por ejemplo, una crítica seria a los planes del Adif en materia de alta velocidad. Estamos hablando de inversiones productivas, generadoras de empleo y de servicio público, integradoras de los territorios que se equiparan con estas inversiones, que dinamizan un amplio sector productivo de materiales y productos, que estimulan la elaboración técnica de proyectos e ideas y además aumentan el empleo productivo.

En las circunstancias en que nos movemos pueden algunos tener la tentación de ver las dificultades como un buen momento para combatir al Gobierno. Craso error y enorme necedad si pudiera responder a ese criterio la peregrina idea de contener el gasto inversor en infraestructuras. **TEMAS**